

COMENTARIOS AL ACONTECER EN EL MUNDO

LA SOBRESALTADA INDEPENDENCIA DE LA REPÚBLICA DEMOCRÁTICA DE YIBUTI

Si ocasión hubo en que el pesimismo se fundamentaba en evidencias fue al proclamarse la independencia de la República Democrática de Yibuti, comentada en su día en esta revista. El pesimismo, en cuanto a posibilidades de futuro pacífico de ese mini Estado, era elemental realismo. Contrastaba con la optimista opinión expresada por el ministro galo de Territorios de Ultramar, Olivier Stirn, a raíz de la creación de ese nuevo país, el 27 de junio pasado. «La situación será delicada durante los primeros seis meses. Pero, desde luego, nada sucederá», dijo. En efecto, al principio todo fue sobre ruedas. El ingreso en la OUA de la flamante República se produjo el día mismo de su acceso a la categoría de Estado independiente. Sin pérdida de tiempo, el Consejo de Seguridad recomendó su ingreso en las Naciones Unidas, de las que pasó a ser el 148 miembro el 20 de septiembre. De otra parte, en julio, el pequeño Estado había sido objeto de la solícita visita del presidente de Somalia, Siad Barre. Fue significativa esa apresurada manifestación de amistad hacia un país poblado por dos etnias tradicionalmente antagónicas: los afars al Norte y los isas al Sur, vinculados éstos a Somalia antes de que Francia, en 1896, estableciera su protectorado sobre los territorios de Obeck y Tadjura, que denominó Costa francesa de los Somalíes. Por tanto, no es de admirarse de que al constituirse en 1960 la República de Somalia, mediante la reunificación de las antiguas Somalias británica e italiana, incluyera a Yibuti en su Constitución como territorio nacional irredente.

El riesgo de que Somalia cediera a la tentación de adecuar la realidad a su Constitución motivó en parte los acuerdos suscritos con Francia por la recién nacida República de Yibuti, en orden a que la antigua metrópoli fuera garante de esa independencia y soberanía con que se llenó la boca el presidente Hasan Guled en su visita a París del pasado agosto. De otra parte, los acuerdos precautorios se suscribieron con un

ojo puesto en Etiopía, país cuya única comunicación con el golfo de Adén es el ferrocarril Addis Abeba-Yibuti, de vital importancia. Conocida la rivalidad entre Somalia y Etiopía, que se está dirimiendo en confusas luchas armadas en el desierto de Ogaden, se evidencian las amenazas que rondan el futuro de Yibuti, factor de importancia estratégica en el llamado cuerno de Africa, luego a merced de implicaciones internacionales.

La República de Yibuti no ha logrado mantenerse del todo a salvo de la tormenta desencadenada en su contorno. Primer síntoma del desmoronamiento de esa especie de fortín de arena que es el artificial mini Estado fue el 16 de octubre el secuestro del avión Air-Yibuti, que originó dos muertos. El 30 de noviembre se registró el asesinato de un maestro nacional francés, mientras que su esposa resultó gravemente herida. Pero fue el atentado del 16 de diciembre contra un bar muy concurrido por los militares franceses estacionados en Yibuti (algo más de 4.000) el que provocó la máxima alarma. El caso es que los cinco muertos y alrededor de 30 heridos, algunos graves, incitó al éxodo a numerosos franceses que permanecían en el país independiente cuya seguridad interior es de la exclusiva incumbencia de su gobierno, que se declaró y es inocente de esos atentados.

Ahora bien: ese gobierno se viene disgregando como azúcar en el agua. El 17 de diciembre dimitía el primer ministro Ahmed Dini. Acto seguido, dimitían cuatro ministros. Todos ellos eran de etnia afar y alegaron que el presidente Guled, de etnia isa, arrimaba el ascua a su sardina tribal. La sabia dosificación de etnias en el gobierno no daba el resultado con que se soñaba. Era un poco de prever. Tradicionalmente e incluso bajo el protectorado francés, afars e isas han andado cuando menos a la greña. Como quiera que los isas eran acusados de ser «lacayos de los somalíes», no cabe excluir que a través de los afars Etiopía se afane por desestabilizar la frágil estabilidad de Yibuti, haciendo aún más confusa y en su provecho la ya confusa situación de la región.

Bien es verdad que Etiopía está hartó comprometida en la actualidad en la lucha que mantiene en Eritrea y Ogaden, como a su vez lo está Somalia en guerra con Etiopía, para que Yibuti corra en lo inmediato el riesgo de un ataque del exterior. De producirse algún día, habría de hacerle frente a las fuerzas francesas, pues tal es su misión y la justificación de su presencia en ese territorio. Entre tanto, hacia ese pobrísimo país de 23.000 kilómetros cuadrados afluyen millares de refugiados procedentes de Ogaden, lo que origina una situación econó-

mica catastrófica. No hay noticia de que esto preocupe a los organismos internacionales aplicados a una celosa defensa de los derechos humanos, el primero de los cuales parece ser no morir de inanición.

En suma, el propósito de Francia de quitarse el sambenito de colonialista no ha logrado asegurar el presente pacífico ni el futuro independiente de Yibuti, cuyo valor estratégico es de primer orden. Tal se imponía a Arabia Saudita, Yemen del Norte y Egipto que, en su día, instaron a Francia para que demorase la proclamación de independencia de ese territorio. Pero precisamente por el valor estratégico de Yibuti sigue en pie el deber de Francia de defender su independencia, en cierto modo controlada, lo que supone no poco riesgo y responsabilidad, habida cuenta de que la URSS da claras señales de estar dispuesta a defender sus propios intereses estratégicos en la región, aunque sea por mediación de Etiopía. Es decir, que Francia no puede abandonar la República Democrática de Yibuti a su suerte, inhibirse o hacerse la distraída. Ello puede llevar a sus fuerzas armadas a luchar de todos modos, o sea en lugar de hacerlo por un territorio francés, con más posibilidades de ser respetado, por un país independiente que los políticos galos se sacaron de la manga. Hay acuerdos suscritos que tienen visos de cepo.

ESPIONAJE EN LA REPÚBLICA FEDERAL DE ALEMANIA

Aunque el asunto de espionaje en el Ministerio de Defensa de Bonn sólo tuvo resonancia cuando el 12 de diciembre el *Frankfurter Allgemeine* divulgó el informe del fiscal general de la República Federal sobre el particular, ya en junio de 1976 el diario *Die Welt* lo había sacado a la palestra. Pero esa denuncia no tuvo eco en la opinión pública y se difuminó. Todo siguió como por lo pasado en el Ministerio de Defensa, salvo la detención de Renata Lutzer, secretaria del director de Cuestiones Sociales, la de su marido, a su vez funcionario de ese Ministerio, y de un tercer acólito, que prestaba servicios en el Alto Estado Mayor de la Armada, aparte de otros compinches de segunda fila hasta sumar quince detenidos.

Elemento de singular eficacia en esta nueva red de espionaje descubierta en la República Federal era Renata Lutzer. Huida de la República Democrática —como Gunther Guillaume, que provocó el cese en la Cancillería de Willy Brandt—, la joven inició modestamente sus actividades como camarera de la cafetería de la Bundestag. Previo examen, pasó a ser funcionaria del Ministerio de Defensa, que era su

objetivo. Lo logró plenamente al ocupar el puesto de secretaria del director de Cuestiones Sociales de ese Ministerio, Herbert Laabs. A esa dirección estaba encomendada la custodia de importantes documentos de la OTAN y la Bundeswehr, por muy extraño que tal parezca. Acaso la explicación de tan incongruente localización de documentos secretos se deba a la estrecha amistad de Herbert Laabs con el canciller Schmidt, ministro de Defensa hasta 1972.

En esa Dirección, Renata Lutzer pudo espiar a placer. Embelesado por sus encantos, su jefe la autorizó a disponer de una llave de la caja fuerte donde se guardaban —¡top secret!— los planes estratégicos de la OTAN, medidas tácticas, concepción defensiva, dispositivo de alarma y relación de los puntos débiles de la organización y la Bundeswehr. Para mayor comodidad en el desempeño de su misión, Renata Lutzer tenía en su despacho una máquina fotocopidora. No paran allí las anomalías que ha revelado el asunto. A los servicios de seguridad del Ministerio no les llamó la atención el lujoso plan de vida del matrimonio de funcionarios... Fueron los servicios de contraespionaje los que dieron la voz de alarma. Comprobado que unos mil documentos de suma importancia pudieron ser fotocopiados y enviados a la República Democrática —o sea, al Pacto de Varsovia—, grande, pero discreta, fue la preocupación de la OTAN y el Pentágono advertidos por Bonn, al extremo de que se llegó a considerar la conveniencia de estudiar nada menos que un nuevo dispositivo defensivo. Sin embargo, Bonn aplacó esa preocupación alegando, se ignora con qué argumentos, que los datos facilitados sólo se referían a la Bundeswehr, lo cual era ya alarmante desde el punto de vista militar, habida cuenta del papel que le corresponde en los planes defensivos de la OTAN. De otra parte, bien para no dar pábulo a las violentas críticas de la oposición democristiana, bien para quitarle hierro de cara a la OTAN, Herbert Laabs siguió en su puesto hasta fecha reciente, cuando los resultados de la encuesta iniciada en 1976 motivaron una campaña de prensa. En cambio, el ministro de Defensa, Leber, sigue en funciones. En todo caso, la reputación de seriedad y ejemplar organización germanas ha sufrido un duro golpe dadas las circunstancias de frivolidad que han rodeado ese espionaje que deja chicos los escándalos provocados por Philby y Burgess, que pusieron en solfa a Gran Bretaña.

Sin pretender minimizar la trascendencia de actos de esta índole, de los que la República Federal es víctima en primer término y, por vía de consecuencia, todos los países de la Alianza Atlántica e incluso de la Europa occidental, no se impone que la posesión de informes militares, por muy importantes que sean, pueden determinar que el Pacto de

Varsovia ponga en marcha su máquina de guerra. Por tanto, el riesgo de que en el otoño de 1976 las fuerzas del Este hubieran podido cruzar la República Federal en horas, sin tropezar con serias resistencias, como se ha dicho, parece ser riesgo puramente hipotético.

Con independencia de que una vez más la OTAN, y en particular la República Federal, hayan puesto de manifiesto hasta qué extremos son vulnerables al espionaje militar, muy importantes para el Pacto de Varsovia en orden a mantener el equilibrio de las fuerzas armadas de los dos bloques, es evidente que en la actualidad la guerra no es elemento principal de conquista o dominio, como por lo pasado. En áreas amparadas por el arma nuclear—como es Europa—, la guerra se ha convertido en modalidad de acción a descartar, aunque se registren numerosos conflictos en aquellas donde la disuasión no surte efecto. Mas contra el mundo protegido por la disuasión quedan otras modalidades de acción: influencias políticas, subversión, desmoralización de la población civil y fuerzas armadas, presiones económicas, etc. Es acción indirecta, desde luego lenta, pero que logra resultados incuestionables, porque inquieta, confunde y desestabiliza a un mundo cuya máxima preocupación de cara al adversario es impedir un ataque armado. Tal ataque armado sería muy probablemente el último recurso a que apelaría ese adversario que, pese a la disuasión, tiene libertad de acción para explotar y sacar ventaja de la situación existente en el mundo occidental aquejado de crisis económica, social y política y asentado en conceptos humanísticos y liberales del siglo XIX, sin que en él se vislumbre la capacidad de renovarse con una ideología dinámica adaptada a las realidades y problemas de finales del siglo XX. Parapegado detrás de esa nueva versión de la línea Maginot que viene a ser la OTAN—línea Maginot «inexpugnable» que las fuerzas del III Reich rodearon—, el mundo occidental da señales de indefensión frente a los peligros de una acción indirecta tenaz y paciente, que encuentra terreno abonado en las condiciones psicológicas de sociedades desorientadas y confusas en razón de las dificultades que origina una crisis económica que tiene incidencia en su bienestar y prosperidad, mientras la crisis de valores se acentúa. Por ello, por estimar que entraña infinitos mayores riesgos los resultados alcanzados y que alcance la acción indirecta insidiosa y eficaz, no se nos impone que el asunto Lutzer, que pertenece al ámbito de la acción directa, o sea al de la poco probable o hipotética guerra, haya de ser motivo de preferente preocupación de gobernantes y gobernados del mundo occidental. Es mero relámpago en un cielo de tormenta.

NUEVO GOBIERNO EN TURQUÍA

Ni con elecciones ni sin ellas parecen tener remedio los males que aquejan a Turquía, de los que no ostenta el monopolio, por supuesto. Así, aunque en las elecciones legislativas anticipadas del pasado 5 de junio el Partido Republicano del Pueblo, que encabeza Bulent Ecevit, obtuviera un gran triunfo (214 escaños), no logró la mayoría absoluta en la Asamblea—450 diputados—. De ahí que, encargado de formar gobierno el 14 de junio, al cabo de tres semanas de cubileteos, Bulent Ecevit no consiguió la confianza del Parlamento. Hubo de ceder el paso al siempre en liza Suleiman Demirel, que el 21 de julio asumió una vez más el poder, con el lastre de que al no poder gobernar sólo con su partido (189 diputados), tuvo que contar con el apoyo de pequeños partidos de la derecha y la ultraderecha que hipotecaban su acción para cumplir sus promesas electorales. Sin embargo, era preciso aplicar drásticas y urgentes medidas, dada la catastrófica situación económica del país, con tres millones largos de parados y, en otro orden de ideas, un terrorismo creciente que en los cinco meses de gobierno Demirel arroja un saldo de más de cien muertos, mientras en la calle y en la Universidad reinaba la subversión. Cualquiera que hubiera sido la fortaleza parlamentaria de ese gobierno, los obstáculos eran harto difíciles de salvar. En todo caso, no superó ninguno el gobierno Demirel. La escasa mayoría que lo apoyaba en el Parlamento no facilitó su tarea, tanto más cuanto que ni siquiera consiguió el préstamo solicitado del Fondo Monetario Internacional, vital para la tesorería turca, al negarse Suleiman Demirel a aceptar la condición impuesta para el préstamo de devaluar la libra turca en un 20 por 100. El voto de censura parlamentaria del 31 de diciembre, que dio al traste con el gobierno Demirel, fue el desenlace previsible de una situación de precariedad que lo afectaba desde su constitución. De hecho, fueron los resultados de las elecciones municipales del 11 de diciembre, favorables a la izquierda, los que dieron la puntilla a ese gobierno. El éxodo de once diputados del Partido de la Justicia, que se pasaron a los independientes, era síntoma revelador de una tendencia muy generalizada a desertar del barco que zozobra.

A la caída de Demirel ha seguido automáticamente el acceso al poder de Bulent Ecevit, que esperaba su hora. Sus primeras declaraciones señalaban que frente a la anterior coalición de derechistas y nacionalistas, se proponía alinear otra de izquierdas, pero ampliando de

29 a 35 el número de carteras ministeriales a fin de dar entrada en el gobierno a diversos grupos minoritarios: independientes, Partido de la Seguridad de la República, Partido Demócrata; en total, unos 20 diputados, de los cuales 13 figuran como ministros en el nuevo equipo gubernamental. El 17 de enero, el programa del gobierno obtuvo el voto de confianza en la Asamblea con 229 votos a favor y 218 en contra, o sea con exigua mayoría. Ese programa incluye, en primer término, la lucha para poner término a la escalada de violencia que impera en Turquía. Empresa no menos ardua es resolver la conflictiva situación laboral y acallar el griterío de los sindicatos que claman por la derogación de las disposiciones que limitan sus libertades. Los medios laborales esperan mucho del socialdemócrata Ecevit. No se evidencia que en plazo razonable estará en condiciones de no defraudar esas esperanzas, aun sin poner en duda su buena voluntad. Es de recordar que de su anterior paso por el poder en 1974, lo más destacado de su acción gubernamental fue la intervención del ejército turco en Chipre, problema que sigue en pie y es de presumir que seguirá en pie de atenernos a la reciente negativa de Bulent Ecevit a reconocer a Spiro Kiprianu como presidente de Chipre. Tampoco lo reconoció Demirel. Ello dice a las claras que sea cual fuere el color del gobierno, Turquía mantendrá su tesis de partición de la isla, inaceptable o inaceptada por los grecochipriotas y Grecia, lo que hipoteca los convenios defensivos y crediticios con los Estados Unidos, situación que tiene una grave incidencia en la OTAN.

Asimismo queda por ver si mediante energías medidas de orden económico, Bulent Ecevit consigue un préstamo del Fondo Monetario Internacional, pero sin verse en la obligación de devaluar la moneda turca, que fue una de las piedras en las que tropezó Demirel. Bien es verdad que el Fondo Monetario Internacional no es el único asidero de Bulent Ecevit, cuya tendencia a distanciarse del mundo occidental y su más conspicua expresión que es la OTAN, es conocida. En efecto, al parecer, la URSS se ha brindado a facilitar a Turquía un cuantioso préstamo para financiar el desarrollo de su industria pesada. Es obvio señalar el objetivo político que persigue esta medicación destinada al hombre enfermo del Bósforo. Es más, no puede descartarse que tal préstamo sólo fuera botón de muestra de cuanto la vecina soviética estaría dispuesta a hacer en favor de Turquía, explotando las dificultades de Bulent Ecevit y su mala disposición hacia los Estados Unidos afanados en solucionar el problema de Chipre que incrementa las tensiones existentes en el Mediterráneo oriental.

CARMEN MARTÍN DE LA ESCALERA

Aunque Turquía quede geográficamente un tanto a trasmano de la Europa occidental, cuanto acaece en ese país tiene fundamental importancia por ser llave de un Mediterráneo que es uno de los lugares geométricos de la pugna entre las dos superpotencias, o sea entre dos mundos.

CARMEN MARTIN DE LA ESCALERA